

## La crónica literaria de la semana

## Visceralidad entrañable

## SUPERGLÚ

Llúcia Ramis  
Barcelona



Es tierra de culebrones. En la +Bernat, Jordi Évole recuerda que Catalunya fue pionera en tener una telenovela propia con *Poblenou*. Lo hace durante la presentación de la edición actualizada en catalán de *El naufragi*, de Lola García, publicada por Tusquets. La directora adjunta de *La Vanguardia* dice que, de hecho, a los políticos del *procés* les gusta hacer guiones: siempre se han adelantado a cómo actuarían y cómo reaccionarían los demás. La trama engancha. Hasta el punto de que en la calle, en la oficina o el súper, mucha gente lleva puestos los auriculares para seguir el juicio en directo. Como si fuera una retransmisión deportiva. Y cambian de metáfora. “¿A qué altura estamos del partido?”, pregunta Évole. “En el descanso”, responde ella.

Ahora mismo hay mucho ruido, explica, pero el día que empieza la campaña electoral, la política no está en disposición de negociar (y eso se nota sobre todo en las secciones de Economía y Sociedad). Si las encuestas aciertan, subirán PSOE y ERC; por lo tanto, ni al primero le penalizaría haber pactado con los independentistas, ni al segundo reclamar pragmatismo. En cualquier caso, eso se verá en la segunda parte. En la primera, la movilización del 1-O fue histórica, como cuando el Barça ganó 6-1 al Saint Germain, recupera Évole la comparación de un amigo suyo: “Luego nos eliminaron de la Champions. ¿Cómo no va a haber frustración?”. Sea como sea, añade García, objetivamente el independentismo ha avanzado muchísimo.

Una parte de la sociedad desconectó optando por canales que no trataban el tema con tanta exhaustividad. Pero no puede negarse que los medios catalanes lo han contado todo, añade ella. A los periodistas les pasó lo mismo: era difícil no tomar partido. En su libro, y en las crónicas que publica en este diario, procura ser distante (“que no equidistante”, aclara). Al final del acto, Antoni Puigverd le agradecerá en público que haya dejado el “corazón en el congelador”. También apuntará que lo más difícil es escribir fácil: “La prosa de García fluye como el agua o la cerveza (el coñac



MANÉ ESPINOSA



CÉSAR RANGEL



A.A.

da dolor de cabeza al cabo de unas páginas”).

Entre los presentes están Jordi Juan, Isabel García Pagan, Manel Pérez, Francesc Bracero, Enric Sierra, Llàtzer Moix, Carme Fenoll, Daniel Fernández, Alberto Fernández Díaz, Albert Arbós. El prologoista, Jordi Amat, también inter-

**La gente se pregunta, ante la obra teatral de Vila-Sanjuán, qué agente tuvo un ‘affaire’ con cierto Nobel de literatura**

viene. Ha contabilizado más de quinientos libros sobre el *procés*, con gran éxito de ventas. Normalmente, los que están a favor son en catalán, y los contrarios, en castellano. No es un tema menor, apunta: “Por eso, que Tusquets se haya encargado de esta traducción es una noticia excelente”. A Évole le faltaría un musical. Y Amat propone la adaptación de esta novela, ya publicada: uno de los policías alojados en el barco de Piolín se enamora de una CDR.

No con un musical, pero Sergio Vila-Sanjuán ha dramatizado en *La agente literaria* algunos entresijos del mundillo editorial, tan apasionante (y más desconocido) que el político. A la lectura que las actrices

Mercè Sampietro, Montse Germán y Francesca Piñón hicieron el lunes en el Teatro Romea, dirigidas por Manel Dueso, no faltó nadie. Anotar a todos los invitados implicaría llenar la página entera (y alguna más), así que piensen en cualquier nombre mencionado en un Superglú. Y ahí estaba. Tras unas palabras de Fèlix Riera, nuevo director de la Fundació Romea, Vila-Sanjuán hizo un agradecimiento al que fuera director artístico del teatro, Carles Canut. También advirtió que los personajes son inventados. Aunque –por alguna razón que sólo la ficción alcanza a comprender– todo el mundo creyó reconocer con gran hilaridad a Carmen Balcells, Rosa

Regàs (y su odiado tañido de campanas), Andrew Wylie, y salía preguntándose qué agente pudo tener un *affaire* con cierto Nobel de literatura.

Volvamos al fútbol: el Manchester-Barça no impidió que Víctor García Tur, Vicenç Pagès, Roger Seró y algunos agentes de homicidios (infiltrados) se acercaran a la Giga-mesh, donde Marc Pastor presentaba *Els àngels em miren* (Ara Llibres), acompañado de Rebeca Carranco y Adrià Pujol. Se habló de canibalismo y otras vísceras. La lluvia tampoco fue un obstáculo para llenar La Central, donde Enrique Vila-Matas departió sobre *Esta bruma insensata* (Seix Barral) con Rodrigo Fresán; ni la Laie, en la que Arturo

**En el descanso**  
Lola García y Jordi Évole en la librería +Bernat durante la presentación de *El naufragi*, versión catalana de su exitoso libro sobre el *procés*

**El mundillo editorial.** Mercè Sampietro y Montse Germán, dirigidas por Manel Dueso, durante la lectura de *La agente literaria* en el Teatro Romea

**Realismo mágico**  
Màrius Carol y Marina Heredia rodean a Arturo San Agustín en la presentación de su última novela *Pluma de buitre* en la librería Laie

San Agustín charló de su *Pluma de buitre* con Màrius Carol y Marina Heredia, editora de Los libros del gato negro. Allí estaban Toni Miró, Carles Sans, Àlex Sàlmon, Joaquín Ausejo, del Hotel Alma, Marcel Monlleó, Albert Batlle y Laia Bonet, José María Micó y el director del Picasso, Emmanuel Guigon. Esto la semana que Sergi Pàmies presentaba *L'art de portar gavardina* (Quaderns Crema/Anagrama) en la Biblioteca Can Fabra con Laura Rodríguez. Y que la ACEC dedicaba dos jornadas a José Agustín y los Goytisolo, cuando se cumplen veinte años de la muerte del poeta (y hoy, 13 de abril, noventa y uno de su nacimiento). Participaron su mujer, la fotógrafa Ton Carandell, su hija Julia, su hermano Luis, Miguel Dalmau, autor de *Los Goytisolo*, y la escritora Carme Riera, que contó una anécdota maravillosa sobre un bolsillo roto de la chaqueta de José Agustín que ella intentó coser: primero lo cosió a la manga de él; luego a su propia falda. Lo definió con un adjetivo –entrañable–, que a él no le habría gustado, dice. “Le hacía pensar en las tripas de la carnicería”.

## CRÍTICA DE TEATRO

## Lopahim es el amo

## El jardín de los cerezos

Lugar y fecha: TNC (hasta el 21/IV)

## JUAN CARLOS OLIVARES

Pasan el reguetón, el karaoke, Queen, la boy-band Steklovata, frases en ruso, Kalinka, las proyecciones, el guiño al folclorismo pictórico eslavo del XIX, el billar virtual, el móvil junto al telegrama, el micrófono.

Pasan todas las fruslerías de obligado lucimiento cuando se viste un clásico de modernidad centroeuropea. Otro director harto de la melancolía asociada a Chéjov. Pasa todo en un incomprensible baturrillo hasta que irrumpe Lopahim y la versión firmada y dirigida por Ernesto Caballero del clásico cobra por primera vez sentido. Con su rabia, euforia, rencor, complejo de inferioridad no resuelto, con la adrenalina del triunfo de la nueva clase

sobre la vieja, el personaje se sacude el polvoriento estigma del villano de la función.

Cuando Nelson Dante clava el hacha en el podio giratorio con la determinación de afirmarse como el hombre del futuro ante la decadente concurrencia –un Don Calogero Segarà con el humanismo magnánimo que otorga Chéjov a sus criaturas–, Lopahim se erige en el único personaje de este montaje con una identidad renovada, liberada del cliché trágico que Stanislavski aportó a la obra en contra del parecer de Chéjov. Ayuda a creer que otra obra hubiera sido posible el más que estimable trabajo de Dan-

te. El actor que junto a Miranda Gas (Varya) parecen ser los únicos que se toman en serio esta comedia acre. El resto parece vivir en un teatro de bulvar, con todos los vicios de una compañía a la vieja usanza. Encerrados en la desfasada jerarquía que va de la primera dama (Carmen Machi con el destino y la pose de Bárbara Hutton) al alza-puertas (Karina Garantivá), pasando por la característica (Carmen Gutiérrez con andares de Nati Mistral), el barba (Isabel Dimas), el meritorio (Didier Otaola) y los secundarios asumidos por Secun de la Rosa, Paco Déniz y Chema Adeva. Una tropa de caracteres desdibujados,

que han perdido sus habituales rasgos para sustituirlos por una débil caricatura.

La farsa está en lo profundo del texto, pero existe con la incisiva intención de Artaud y por la general incomunicación. En esta propuesta de Caballero, en cambio, bajo el insustancial manto de elementos contemporáneos, se trabaja con la rutina del teatro antiguo. La nueva faz de los personajes no posee mordiente. Se muestran conformes con mostrarse intrascendentes. Un montaje tan obsesionado por ser fiel a los deseos del autor que le parece suficiente con aplicar una capa de maquillaje iconoclasta.